

Israel, reconocido á tantos beneficios, quiso que en todas las actas, contratos y actos públicos se contasen los años por el en que había comenzado á gobernarlos Simón. Por esto se comenzó á escribir: *El año segundo de Simón, Sumo sacerdote, Gran Capitán y príncipe de los Judíos* (1).

Afianzada de esta suerte la paz, ya no pensó Simón más que en fortificar la ciudad, aliviar á los afligidos, hacer observar la ley de Moisés y florecer el culto divino. De manera que, como dice la Escritura, todos trabajaban con seguridad sus tierras, y descansaban tranquilos á la sombra de las vides y de las higueras; los ancianos se sentaban en las plazas para conversar acerca de las cosas concernientes al bien público, y no había quien los molestase.

CAPÍTULO OCTAVO

Simón asesinado por Antioco. — Gobierno de Juan Hircano. — Aristóbulo y Alejandro Janeo. — Sus sucesores hasta Herodes. — Herodes extranjero, rey de Judea.

Simón asesinado por Antioco. — Después de haber guiado muchas veces á los Hebreos á la victoria, ya contra Trifón, ya contra el rey de Siria, y

(1) Inscripciones parecidas á ésta, se hallan en las monedas que hicieron acuñar los Macabeos, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros.

de haber gobernado más de veinte años á su pueblo con mucha sabiduría, acabó Simón su vida bárbaramente asesinado por orden de su cuñado, llamado Antíoco, que ambicionaba sucederle en el trono. Mientras Simón, con sus dos hijos, Judas y Matatías, se hallaban de paso en Jericó, Antíoco, que era el gobernador, los invitó á comer con él. Cuando estaban comiendo hizo entrar en el comedor á hombres armados, que se arrojaron sobre ellos y les dieron muerte. Así acabó el último sobreviviente de la familia de Matatías, que será siempre la admiración de los buenos, pues todos sus miembros dieron la vida por la salvación de la patria, y la gloria de la Religión. (A. del M. 3869) (1).

Gobierno de Juan Hircano. — Juan, hijo de Simón, y apellidado Hircano, porque subyugó la Hircania, después de la infeliz muerte de su padre fué revestido con la dignidad de Sumo Sacerdote y Pontífice de los Hebreos. Extendió los confines de sus estados, derrotó varias veces al rey de Siria, subyugó á los Idumeos, renovó la alianza con los Romanos, y después de veintinueve años de glorioso gobierno, murió en paz el 3898 de la Creación.

Aristóbulo y Alejandro Janec. — Aristóbulo, hijo de Juan, sucedió á su padre en el pontificado y en el gobierno, y tomó el título de rey; pero su

(1) Desde la muerte de Simón hasta la venida de Jesucristo, nada dicen los libros sagrados; por esto el rápido bosquejo que hacemos de aquel tiempo, para enlazar los hechos del Antiguo con los del Nuevo Testamento, lo sacamos de autores profanos y especialmente de Josefo Flavio, docto escritor Judío.

reinado duró tan sólo un año y en él cometió muchas maldades. Hizo perecer á su madre por meras sospechas, dió él mismo muerte á su hermano Antígono y encarceló á los otros. En pena de tan enorme delito castigóle Dios en el lugar mismo donde le había cometido, permitiendo muriera de un vómito de sangre. Más cruel aún fué su hermano y sucesor Alejandro Janeo, y, en castigo de su crueldad, murió consumido por una trabajosa enfermedad y aborrecido de todos. (A. del M. 3926).

Otros sucesores hasta Herodes.—Muerto Alejandro Janeo, su mujer Alejandra empuñó las riendas del estado y reinó nueve años, al cabo de los cuales sentó en el trono á su hijo Hircano II, á quien había ya creado Sumo Pontífice. Después de la muerte de Alejandra, Aristóbulo, hijo de Alejandro, obligó á Hircano, su hermano mayor, á renunciar en favor suyo la tiara y el cetro, asumiendo de tal suerte la calidad de Rey y Pontífice. Estos dos hermanos se volvieron enemigos irreconciliables, hasta que Pompeyo, capitán de los ejércitos romanos, penetró en Judea, tomó á Jerusalén, mandó á Aristóbulo y sus hijos á Roma y devolvió el pontificado y el trono á Hircano; aunque quedó tributario de los Romanos. De esta suerte perdió la Judea su independencia y se convirtió en provincia romana. Antígono, sobrino de Hircano, usurpó el trono de su íto; pero, después de algunos años de reinado, fué depuesto y desterrado á Babilonia; de donde más tarde lo llamó Herodes y lo hizo matar bárbaramente.

Herodes extranjero, rey de la Judea. — Herodes, apellidado el Grande, nombre que tan sólo puede convenirle por sus crueldades, era hijo de Antípatro, Idumeo de nación, y de humilde cuna. Habiendo ido á Roma, á fuerza de intrigas y engaños logró hacer creer que Antígono era enemigo del pueblo romano; y, con el favor de Antonio, consiguió para sí el título de rey de Judea, mediante el desembolso de ochocientos talentos. Antígono fué llevado á Antioquía y decapitado, á instancias de Herodes. (A. del M. 3967).

Así concluyó la dominación de los Macabeos en la Judea, y el cetro de Judá pasó de esta tribu á manos extranjeras, esto es, á Herodes Idumeo. Esta circunstancia es digna de memoria, porque, según la profecía de Jacob, señala la época venturosa del nacimiento del Salvador del mundo.

Por consiguiente el año treinta y tres del reinado de Herodes nació en la ciudad de Belén, hacia el año cuatro mil de la creación del mundo, el Mesías, nuestro divino Redentor Jesucristo, nombre que debe pronunciarse con grandísima veneración.

NUEVO TESTAMENTO

Profecías que se cumplieron en Nuestro Señor Jesucristo

Caídos nuestros primeros padres Adán y Eva del estado de inocencia en que habían sido criados por Dios, ellos y su posteridad tuvieron que gemir, durante muchos siglos, bajo la dura esclavitud del demonio. No les quedaba más medio de salvación que la fe en aquel futuro Libertador que la bondad divina les había prometido. Pero á fin de que permaneciese, entre los hombres, viva la fe de este Libertador, renovó Dios, en repetidas ocasiones, la misma promesa, indicando el tiempo, el lugar y muchas otras circunstancias de su venida: de suerte que toda la historia del Antiguo Testamento puédesse con razón llamarse una fiel preparación del género humano para el extraordinario acontecimiento del nacimiento del Mesías. Aunque, acerca de esto, ya se haya dicho mucho en el curso de esta historia, como la Venida del Salvador constituye el dogma más importante y en el cual se funda nuestra Católica Religión, juzgamos de suma utilidad apuntar aquí las principales profecías que le conciernen, observando como se han cumplido en la persona de Jesucristo.

Los profetas anunciaron:—1.º El origen temporal, el tiempo, y el lugar del nacimiento del Mesías.—2.º Su estado y carácter personal.—3.º Que obraría grandes milagros, y sería sumamente contrariado por los de su nación. 4.º Que los Judíos le darían muerte. 5.º Que resucitaría. 6.º Que los Judíos serían desechados por Dios, por haber dado muerte al Mesías, y que los gentiles, esto es, todas las naciones idólatras, serían llamadas á la verdadera fe, en lugar de los infieles Hebreos.

1. Origen, tiempo, y lugar del nacimiento del Me-

asias.—En muchos pasajes del Antiguo Testamento se lee que el Mesías nacería de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Jacob, al morir, señaló el tiempo del nacimiento del Mesías con estas palabras: *El cetro, esto es, la potestad soberana y el poder legislativo, no saldrá de Judá, ni el principado de su posteridad hasta la venida de AQUEL que debe ser enviado, y ÉSTE será el esperado de las gentes.* (Gen. c. 49). Daniel anunció que no pasarían 490 años antes de su venida y de su muerte. (Dan. c. 9). Miqueas predijo que nacería en Belén. (Miq. c. 5).

Cumplimiento de estas profecías.—Si echamos una ojeada á la genealogía del Salvador, tal como se halla en el Evangelio, veremos que Jesucristo era de la tribu de Judá y de la estirpe de David; que nació en Belén cerca de treinta y cinco años antes de cumplirse el tiempo anunciado por Daniel, cuando un príncipe extranjero (Herodes natural de Idumea) reinaba en la tribu de Judá.

2. Nacimiento, estado y carácter del Mesías.—Isaías (cap. 7) anunció que el Mesías debía nacer de una Virgen; Zacarías, que sería pobre, pero que se distinguiría entre los demás hombres, sobre todo por su dulzura. (Cap. 9).

Cumplimiento de estas profecías.—Los que han leído el Evangelio saben que Jesucristo nació por obra del Espíritu Santo, de una Virgen llamada María; que nació en un pesebre; vivió del trabajo de sus manos, y que todas las virtudes, pero especialmente la bondad y la dulzura, constituyeron su carácter.

3. Milagros y trabajos del Mesías.—Isaías dice claramente que el Mesías obraría prodigios jamás vistos, y que, á pesar de esto, sus compatriotas, los cuales más que ninguna otra gente debían creerle, le harían grandísima oposición. (Isaías, cap. 6, 8, 35).

Cumplimiento de estas profecías.—En el curso de esta historia veremos que Jesucristo pasó los tres últimos años de su vida empeñado en la obra de la predicación y obrando muchísimos milagros; y que los fariseos, los sacerdotes y los ancianos del pueblo Judío le contradijeron siempre y le perseguieron cruelmente.

4. Los Judíos perseguirían al Mesías y le darían muerte.—Dice Isaías que el Mesías se entregaría espontáneamente en manos de sus perseguidores, y que, en medio

de los oprobios y tormentos, callaría cual inocente cordero; que sus llagas y su muerte salvarían al mundo y que sus padecimientos y su muerte le harían padre de una muchedumbre de Justos. (Isaías, cap. 53).

El profeta David predijo que se levantaría contra el Mesías una espantosa persecución; que le agujerearían las manos y los pies; que sus huesos cruzarían por la violencia de los tormentos que le harían padecer; que sería escarnecido y burlado en medio de sus padecimientos; que se dividirían sus vestiduras y echarían suerte sobre ellas. (Salmo 21).

Cumplimiento de estas profecías.—El mismo Jesucristo, antes de su muerte, declaró muchas veces que moría por su voluntad. Dijo también que daría su vida por la salvación de los hombres. A las calumnias, injurias y ultrajes de sus enemigos contestó con el silencio, con la mansedumbre y rogando por ellos. Jesucristo muriendo fundó su Iglesia y fué Jefe de todos los justos, que fueron y son todavía sus principales miembros. Los príncipes de los sacerdotes se coligaron contra Jesús para darle muerte. Lo colgaron en la cruz agujereando sus manos y pies con agudos clavos; y permanecieron al pie de la cruz para insultarlo mientras padecía los más crueles tormentos. Los soldados que lo habían crucificado dividieron entre sí sus vestiduras y echaron suerte sobre ellas.

5. El Mesías había de resucitar.—Isaías predijo que el sepulcro del Mesías sería glorioso; David dijo que Dios no permitiría que su carne padeciese corrupción. (Salmo 15).

Cumplimiento de estas profecías.—Los cuatro Evangelistas están acordes en afirmar que Jesucristo realmente resucitó tres días después de su muerte así como él lo había afirmado. Acerca de este milagro no puede haber duda alguna, como veremos en el curso de esta historia.

Otras cosas acerca del Mesías.—Entre otras muchas cosas, anunciaron los profetas que los Judíos serían reprobados de Dios por haber dado muerte al Mesías (Dan. c. 9); que los gentiles, esto es, todas las naciones idólatras, serían llamadas á la verdadera fe, en lugar de los infieles Hebreos. (Isaías c. 65). Estas profecías se cumplieron literalmente, como se puede ver en la Historia Eclesiástica, por la cual con-

ta que el pueblo Judío, pocos años después de la muerte del Salvador se dispersó enteramente, y aun hoy día se halla sin templo, sin rey y sin sacerdocio. Y mostrándose obstinados en no creer las verdades de la fe; los Apóstoles, en cumplimiento de las órdenes del Señor, fueron á predicar el Evangelio á los gentiles, los cuales entraron á porfía en la Iglesia de Jesucristo de modo que, aun en vida de los Apóstoles, la luz del Evangelio esparcía ya sus benéficos rayos en toda la tierra.

Consecuencias.—De lo dicho se debe deducir: 1.º Que Dios prometió realmente el Mesías. 2.º Que los profetas predijeron muchas cosas que le concernían. 3.º Que todas estas cosas se cumplieron en la persona de Jesucristo. 4.º Que, por consiguiente, Jesucristo es el verdadero Mesías, prometido por Dios, anunciado por los profetas, nacido en la época en que toda la tierra esperaba un Reparador; que el cetro ya no estaba en la tribu de Judá, cerca de treinta y cinco años antes que terminase el tiempo establecido por Daniel. 5.º Que debemos poner en Jesucristo, que es el Salvador enviado por Dios, toda nuestra fe y las esperanzas de nuestra salvación.

EL EVANGELIO Y LOS APÓSTOLES

S. MATEO, S. LUCAS, S. MARCOS, S. JUAN

Evangelio es una palabra griega, que quiere decir buena noticia ó buena nueva. Llámense así los cuatro libros dictados por el Espíritu del Señor á los cuatro escritores sagrados que narraron la vida, la predicación y la muerte de Jesucristo. Son éstas para los cristianos buenas nuevas, porque en ellas se les anuncia la venida del Salvador, el cual, librándolos de la esclavitud del pecado, les cerró el infierno y les abrió las puertas del paraíso. Para la predicación y propagación del Evangelio, el Salvador escogió doce Apóstoles. Es ésta también una palabra griega que significa enviado, porque los Apóstoles fueron enviados por el Señor á todas las naciones de la tierra, para cumplir el sagrado ministerio de la predicación Evangélica. A los Apóstoles añadió el Salvador setenta y dos discípulos, que eran como escolares, ó alumnos suyos y de los Apóstoles.

Muchos fueron los escritores que nos dejaron consigna-

dos los hechos del Salvador; pero la Iglesia Católica no reconoce sino á cuatro Evangelistas, esto es, á cuatro escritores del Evangelio, asistidos por el Espíritu Santo. Estos son san Mateo, san Juan, san Marcos, san Lucas; los dos primeros eran Apóstoles.

San Mateo.—El primero de los cuatro Evangelistas, recibidos en todos tiempos en el canon de las divinas Escrituras es el de san Mateo. Era éste hijo de Alfeo, de profesión publicano, esto es, recandador de impuestos. Llamado por Jesucristo al apotolado fué testigo ocular de todos los hechos que de Él nos dejó escritos en su historia evangélica. Generalmente se cree que después de la Ascensión del Salvador, predicó la fe en Etiopía, en Persia y entre los Partos. Antes que saliese de la Judea fué invitado por los fieles y por los mismos Apóstoles á escribir su Evangelio. Esto tuvo lugar cerca de ocho años después de la Ascensión de N. S. Jeucristo; el cuarenta y uno de la Era vulgar. Escribiólo en lengua hebrea, y se dice que él mismo ó Santiago el Mayor lo tradujo al griego. La versión latina que hoy tenemos es muy antigua y está aprobada por la Iglesia.

San Marcos.—El segundo Evangelista es san Marcos, Judío de nación; créese que fué uno de los setenta y dos discípulos del Salvador. Compañero fiel de San Pedro, lo siguió en sus viajes hasta Roma. Allí fué un secretario ó intérprete y le ayudó á predicar la fe, en la capital del imperio romano. Para alivio de los fieles de esta ciudad, escribió, hacia el año 44, su Evangelio en griego, idioma muy conocido de los Romanos en aquellos tiempos. Concluido el trabajo, entrególo á su padre espiritual y maestro san Pedro que lo aprobó y lo dió á las Iglesias, para que lo leyeran como escritura auténtica. La versión más acreditada del Evangelio de san Marcos se remonta hasta los primeros siglos de la Iglesia y es la traducción latina aprobada por la Iglesia.

San Lucas.—Era natural de Antioquía, y médico de profesión. Fué ganado á la fe por S. Pablo, el Apóstol de las gentes, de quien fué fiel compañero en sus largas y fatigosas peregrinaciones. Predicó el Evangelio en Dalmacia, en Italia, en las Galias, y finalmente en Macedonia y en Acaja. En este último punto alcanzó la corona del martirio á los ochenta y cuatro años de su edad. Escribió su Evange-

lio el año 53 de nuestra Era, recogiendo las noticias de testigos oculares y de las narraciones de san Pablo. Créese también que la Sma. Virgen lo enseñó algunas cosas importantes. En efecto, debemos á san Lucas muchas preciosas noticias concernientes á la infancia de Jesús, y á la misma Virgen María: de lo cual nada han escrito los demás Evangelistas. Algunos han atribuído á san Pablo el Evangelio de san Lucas. Pero esto, dice Tertuliano, débese entender tan sólo en el sentido en que las obras de los discípulos suelen atribuírse á los maestros. Cuando san Pablo cita su Evangelio, entiéndese el Evangelio de san Lucas, aprobado por él, de tal suerte que lo considera como obra suya.

San Juan Evangelista.—Fueron padres de san Juan, Zebedo y María Salomé, y hermano suyo Santiago el Mayor. Era natural de Betsaida y ejerció con su padre el oficio de pescador hasta que, muy joven aún, fué llamado por el Divino Maestro para que lo siguiera. Profesóle Jesucristo un cariño particular por la inocencia de sus costumbres y la virtud de la pureza que conservó intacta. Por este motivo el Salvador, pendiente de la cruz, dió á Juan por hijo á María, y á María por Madre á Juan. En la persona de este santo Apóstol hállanse representados todos los fieles cristianos de quienes es María madre piadosa. Después de la Ascensión del Divino Maestro predicó especialmente en el Asia Menor, y fijó su residencia en Éfeso, que gobernó como obispo hasta pasados los cien años de edad, y donde murió el año 107. Movidó por divina inspiración, y á ruego de los fieles, en los últimos años de su vida, escribió su Evangelio contra algunos herejes que negaban la divinidad de N. S. Jesucristo. Detiéndose en efecto, con preferencia en exponer las acciones del Salvador que más lo dan á conocer como verdadero Dios. Habla muchas veces de sí, pero sin nombrarse jamás; escribió en griego, y narró cosas vistas por él.

Después de haber hablado de los cuatro Evangelistas acaba así san Jerónimo: «Propónese san Mateo describir los hechos de N. S. Jesucristo como hombre, y teje su genealogía llamándolo: *hijo de David, de Abraham*; san Lucas empieza por el Sacerdocio de Zacarías; san Marcos por las profecías de Malaquías y de Isaías. Por esto el primero lleva por símbolo el rostro de hombre; el segundo el rostro de becerro, que indica el sacrificio que solía hacer el sacerdote

levítico, el tercero el rostro de león, á causa de la voz de san Juan Bautista que gritaba en el desierto: *Preparad el camino del Señor y enderezad sus senderos*. San Juan lleva por símbolo el águila, porque como águila levanta su vuelo hasta el Padre Eterno diciendo: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y Dios era el Verbo*.

SÉPTIMA ÉPOCA

Desde el nacimiento de N. S. Jesucristo, el año 4000 de la Creación, hasta la destrucción de Jerusalén el año 4070 de la Creación, y 70 de N. S. Jesucristo.

CAPÍTULO PRIMERO

María Santísima y San José.—Nacimiento del Salvador. — Adoración de los reyes. — Presentación de Jesús en el templo.

María Santísima y san José. — María Santísima, hija de san Joaquín y santa Ana, descendientes ambos de la real stirpe de David, de la tribu de Judá, fué madre del Salvador del mundo, como lo habían anunciado los profetas. Aquellos dos buenos consortes eran muy ancianos ya y no tenían prole, cuando Dios, en premio de las fervientes oraciones que le dirigían, quiso consolarlos concediéndoles una hija que llamaron María. A los tres años de edad la presentaron en el templo, para que se dedicase con otras vírgenes á trabajos de manos y á las cosas del divino servicio y se preparase á ser digna Madre de Dios. (San Juan Damasceno.)

Habiendo llegado á la edad de tomar estado, respondiéndole á una voz celestial, fué desposada con san José, varón santísimo, oriundo de Nazaret, quien vivió con ella como si fuese su hermano. Después de breve tiempo el Arcángel Gabriel fué enviado á anunciar á María la sublime dignidad



de Madre del Salvador, con estas palabras: *Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres.* María se turbó al ver al Arcángel, y se turbó aún más al oír sus palabras, pero éste la tranquilizó diciéndole: *No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor. Serás Madre de un hijo al cual llamarás Jesús. Será grande, y será Hijo del Altísimo; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* Cerciorada María de que todo era obra del Espíritu Santo, y que ella conservaría siempre intacta su

virginidad, sometióse á la voluntad del Altísimo, diciendo al ángel: *Hé aquí la esclava del Señor; cúmplase en mí según tu palabra.*

Nacimiento del Salvador. — Hacia el año 4000 de la Creación del mundo, habiendo paz en todas partes y empuñando el cetro de Judea Herodes el Grande, bajo el imperio de César Augusto, María Santísima y san José, según la predicción de los profetas, obedeciendo las órdenes del emperador romano, se trasladaron á Belén, para inscribir sus nombres en los registros del imperio. Estando todas las posadas de la ciudad llenas de forasteros, tuvieron que salir de ella y refugiarse en una cueva que servía de establo, donde se hallaban dos animales. En tan humilde vivienda nació el Hijo de Dios, el Verbo eterno, el Señor de cielos y tierra, para confundir así la soberbia de los hombres. (Este hecho memorable tuvo lugar hacia la media noche del 25 de Diciembre, en que se conmemora todos los años con la fiesta llamada de Navidad). En aquel mismo instante, un ángel rodeado de luz deslumbradora, se manifestó á algunos pastores que velaban custodiando sus rebaños, y les anunció el nacimiento del Mesías, señalándoles el lugar donde le hallarían. Al mismo tiempo una multitud de Ángeles hacía resonar el aire con aquellas alegres palabras: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Al recibir este anuncio, los pastores llenos de alegría corrieron presurosos á Belén, y encontraron allí al celestial niño. Después de haberlo adorado y reco-

nocido como su verdadero Dios y Salvador, llenos de alegría, volvieron á sus rebaños. A los ocho días de su nacimiento el Divino Salvador fué circuncidado, imponiéndosele el adorable nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, así como el Ángel lo había ordenado.

Adoración de los reyes. — A los pocos días



algunos sabios de Oriente, vulgarmente llamados los tres Magos, guiados por una estrella prodigiosa, que apareció en sus comarcas, dirigieronse á Jerusalén para adorar al recién nacido Mesías. Al llegar á Jerusalén preguntaron á Herodes por el lugar donde había nacido el rey de los Judíos. A tan extraña pregunta turbóse Herodes; reunió los Príncipes de los Sacerdotes y Doctores de la ley y

les preguntó dónde había de nacer el Mesías. La Asamblea contestó que debía nacer en Belén de Judá, según la profecía de Miqueas, el cual, hablando del nacimiento del Mesías, dijo: *Y tú, oh Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti nacerá el caudillo que gobernará mi pueblo de Israel.*

Con tales informes salieron de Jerusalén los piadosos reyes, y siguiendo el curso de la estrella milagrosa, llegaron donde se hallaba el divino Infante; y humildemente postrados, ofreciéronle oro, incienso y mirra. En seguida, avisados por un Ángel, regresaron por otro camino á su patria, sin poner el hecho en conocimiento de Herodes, el cual con pérfidos designios, habiales encargado que volviesen á informarle de lo que habían visto.

La presencia de los Magos en la gruta de Belén, recuérdase anualmente en la fiesta de la Epifanía.

Presentación de Jesús en el templo. — A los cuarenta días de su nacimiento, Jesús fué presentado en el Templo por José y María, los cuales depositaron al divino Infante en los brazos del anciano Simeón, á quien había sido revelado que antes de morir vería al suspirado Mesías. Estrechando aquél al Niño contra su corazón, exclamó lleno de júbilo: *Ahora, Señor, deja á tu siervo morir en paz; porque mis ojos han visto al Salvador enviado por ti para iluminar las gentes y traer á Israel la salvación.* Hallábase también en el Templo una mujer anciana, de singular vir-

tud, llamada Ana, favorecida con luces extraordinarias del Espíritu Santo. Reconociendo en el Niño



al verdadero Dios hecho hombre, lo dió á conocer á todos los que lo esperaban.

En memoria de la presentación de Jesús al Templo celébrase anualmente la fiesta de la Purificación.

CAPÍTULO SEGUNDO

Degüello de los Inocentes. — Huida de la Sagrada Familia á Egipto. — Fin Funesto de Herodes. — Jesús disputa con los doctores.

Degüello de los Inocentes. — Al despedir á los reyes Magos, les encargó Herodes que á la vuelta le dieran noticias del nuevo Rey; pero con intención perversa. Temiendo que otro soberano le disputara el trono, quería á todo trance hacerlo morir, pero en vano esperó la vuelta de los Magos. Oyendo quizás lo acaecido en el Templo, y agitado por mil sospechas, dictó un decreto en que ordenaba el degüello de todos los infantes que, no habiendo llegado aún á los dos años de edad, se hallaran en Belén y sus cercanías, lisonjeándose con la esperanza de que en el degüello general iría incluido también el niño Jesús.

Huida de la Sagrada Familia á Egipto. — Pero vanas son las trazas de los hombres cuando contradicen la voluntad de Dios. ¡Para dar muerte á uno se degüella á una multitud, y tan sólo el perseguido se salva! Porque avisado José, mientras dormía, de las malvadas disposiciones de Herodes, huyó á Egipto con María y el Niño; y de allí no volvió hasta que el Ángel le anunció la muerte del perseguidor.